

La tempestad política de la izquierda latinoamericana

Orlando Núñez Soto

En ocasión de los reveses electorales de la izquierda en América del Sur a finales del año 2015 e inicios del 2016, y ante las interrogantes que muchos nos hacemos sobre el destino de la revolución latinoamericana, se hace necesario preguntarse en qué fase de la evolución histórica se encuentra. Los sucesos políticos a los que me refiero tienen que ver con la disputa por la hegemonía política, entre partidos o coaliciones de izquierda, amparados de varias instituciones públicas, y una mayor beligerancia por parte de las oligarquías locales y del imperialismo estadounidense para recuperarlas. Si hablamos de tempestad política, es porque en los últimos 25 años diferentes movimientos progresistas, izquierdistas o de orientación socialista estaban gobernando, mientras la derecha se encontraba en la oposición buscando como desestabilizarlos, obteniendo últimamente significativas victorias electorales.

En cualquier caso, la revolución y sus fases tienen siempre que ver con la disputa por la opinión pública, la lucha permanente por acceder a las instituciones y el contenido de clase de la gestión económica, tanto a nivel microeconómico como a nivel macroeconómico. En todas estas luchas, los campos de batalla por la revolución son múltiples y diversos: algunas veces desde la oposición, otras veces desde el poder; en determinados momentos las batallas son más ideológicas, otras veces son más políticas o económicas. En última instancia y esta es la parte más optimista de mi análisis, lo que cuenta es saber en qué medida las nuevas clases se va amparando de los medios de producción y de cambio, algo de lo que poco se habla, a pesar de que en América Latina, los pequeños y medianos productores, en muchos casos organizados en cooperativas, vienen ocupando un lugar cada vez más significativo.

En esta lucha, el partido y el gobierno, no son más que medios para que las nuevas clases se amparen de la gestión política, social y sobre todo de la economía, cosa que toma mucho tiempo, pero que no hay que perder jamás de vista. Por otro lado, una organización política que está en el gobierno, pero en oposición al

sistema, suele encontrarse complejas contradicciones que pueden llevarla a desgastarse administrando una economía que no es la suya (el mercado capitalista) y gobernar una sociedad que tampoco corresponde a los valores enarbolados en su discurso (neoliberal y conservadora).

Las fases de una revolución

Cuando hablo de revolución estoy pensando no solamente en las revoluciones políticas que tienen un período más corto de duración, sino en las fases de larga duración por las que tiene que atravesar la transición de un sistema socioeconómico a otro. Una fase revolucionaria corresponde a un trecho temporal caracterizado por un conjunto de rasgos políticos, sociales, económicos o culturales, que caracterizan el largo proceso de las revoluciones en marcha. Lo peor que le puede pasar a un movimiento político revolucionario es abandonar la lucha, mucho peor que perder una elección donde se juega una alcaldía, una diputación o la propia presidencia, objetivo sin duda importante, pero que no es más importante que los avances de la gente del pueblo amparándose de los negocios, por muy pequeños que sean.

Las fases de una revolución logran abarcar países y regiones, hasta alcanzar su consolidación definitiva a nivel mundial. Durante la revolución burguesa, prototipo de lo que hasta ahora se considera una revolución, los nuevos regímenes políticos y sociales nacidos en el seno del antiguo régimen tardaron siglos en consolidarse. Algunos países estaban más avanzados políticamente, otros comercialmente, otros industrialmente, en el prolongado proceso de aquella revolución que todavía no ha terminado de desarrollar todo su potencial.

A grandes rasgos, las fases de la revolución burguesa fueron las siguientes:

- a) El nacimiento y desarrollo de la burguesía como nueva clase económica (comercial, financiera e industrial).
- b) La disputa de la hegemonía en el seno de las masas populares, entre unos valores decadentes ostentados por el clero y la nobleza, y los nuevos valores y

conocimientos suscitados por un movimiento conocido como la Ilustración burguesa.

- c) Finalmente, la derrota político militar de la monarquía y el triunfo de la burguesía con el propósito de construir una nueva forma de dominación estatal en cada nación, llevando su dominio más allá de sus propias fronteras.

Ese período ha durado alrededor de 500 años, desde la liberación del comercio y la creación del mercado mundial a partir del siglo XVI, teniendo a Europa como centro y al resto del mundo como periferia, hasta nuestros días. En todas estas fases hubo contrarrevoluciones, restauraciones del antiguo régimen y otras tantas revoluciones políticas hasta poder asentar su sistema en forma definitiva. La revolución francesa, por ejemplo, conoció tres revoluciones más, después de la toma de la Bastilla en 1789, a saber: la revolución de 1830, la revolución de 1848, la revolución de 1871, luchando no solamente contra las restauraciones monárquicas, sino contra nuevas clases surgidas de la propia revolución burguesa, como la clase obrera y una oscilante pequeña burguesía en el campo y la ciudad.

Las revoluciones socialistas

Un guion parecido se escenificó durante la primera revolución socialista acaecida en el siglo XX, con la diferencia de que las revoluciones socialistas nacieron como revoluciones políticas, debido al escaso desarrollo económico y cultural de las nuevas clases populares, alrededor de las cuales giran tales revoluciones, como son la clase obrera y la pequeña burguesía del campo y la ciudad. Hasta ahora y desde la revolución rusa de 1917, sede de quien ha sido el prototipo de las revoluciones socialistas, las fases conocidas fueron las siguientes:

- a) El derrocamiento de la tiranía (zarista o republicana) y la toma del poder político por una nueva clase política, representando los intereses de los trabajadores (obreros y campesinos) en general.
- b) La estatización de los principales medios de producción y de cambio, gestionados en nombre de la clase obrera y campesina, por una clase gobernante, burocrática y tecnocrática, organizada y conocida como Partido Comunista.
- c) La gran restauración de 1989, momento de la implosión del régimen soviético y de la mayoría de los regímenes comunistas.

En algunos países como China y Vietnam, el Partido Comunista mantiene el control del gobierno, aunque no totalmente del capital, mediante un régimen considerado desde Engels hasta Lenin como capitalismo de

Estado y antesala del socialismo. Los actuales líderes comunistas de esos países lo sintetizan y caracterizan de la manera siguiente: "El partido dirige, el Estado administra, el mercado dinamiza la producción", destinándose o distribuyéndose los excedentes de acuerdo a la correlación de fuerzas, tanto a nivel nacional como mundial, entre la población nacional en su conjunto, los pequeños y medianos empresarios, el gran capital internacional. De lo que no hablan esos líderes es del nacimiento o del destino de la nueva clase económica que surgiría de aquel modelo (los trabajadores libremente asociados de los que hablaba Marx).



Las experiencias socialistas del siglo pasado, así como la implosión del campo socialista, constituyen no solamente una rica experiencia de transición del capitalismo al socialismo, sino que puede decirse que tales países han recorrido la primera y segunda fase del largo camino del capitalismo al socialismo, insertos actualmente en un proceso de restauración capitalista. La tercera fase del socialismo debería alcanzarse con el nacimiento de la nueva clase económica.

En esas experiencias, esa nueva clase ha pasado por un proceso larvado y en ciernes, en tanto que clase económica, como serían los consejos de obreros, campesinos y cooperativistas, los famosos Soviets o Consejos que nunca llegaron a conformarse totalmente como una clase política gobernante ni como clase económica dominante, es decir, gestionando directamente el gobierno y la economía. Todo este recorrido ha tomado apenas un siglo, extendido desde 1917

hasta el inminente año 2017, es decir, un corto tiempo, comparado con la prolongada marcha recorrida por la revolución burguesa, capitalista e imperialista.



América Latina

Lo que ha pasado en América Latina en el último medio siglo, desde el nacimiento de los movimientos guerrilleros, la derrota o desaparición de las dictaduras militares, los triunfos y los reveses electorales de la izquierda gobernante, las alianzas entre los partidos políticos de izquierda y los movimientos sociales, hasta el surgimiento de una silenciosa y poco atendida economía popular, bien puede considerarse, guardando las diferencias, como el derrotero que muestra los rasgos de una gran fase de transición en el largo camino de la revolución latinoamericana, la que presenta un guion similar al de los ejemplos anteriores (revoluciones burguesas y revoluciones comunistas), con unas fases más logradas que otras, según los países y momentos históricos.

América Latina tiene muchas cosas en común, pero también muchas diferencias en los campos sociales, económicos, políticos, ideológicos y culturales. Existe un gran factor histórico que nos reconoce en tanto identidad histórica, como es haber sido colonia española, haber experimentado un gran movimiento independentista frente a los reinados europeos, así como el haber enfrentado una política exterior estadounidense que sigue teniendo un gran peso en lo que

acontece al interior de nuestros países. A pesar de ello, no siempre es fácil y acertado hacer análisis generales o generalizados para la región. Sin embargo, estamos obligados a hacerlo, sobre todo en un mundo tan globalizado donde las regiones tienen tanta importancia como los propios países.

En el lenguaje político latinoamericano, a veces hablamos de independencia o soberanía y a veces hablamos de revolución, dos fenómenos que en nuestro caso van de la mano, pero aunque no se puede alcanzar la una sin la otra, las mismas obedecen a conceptos y contenidos diferentes. Hay países que son independientes del gobierno de Estados Unidos, pero no necesariamente son revolucionarios, como por ejemplo los países europeos—aunque cada vez menos—pero difícilmente podemos encontrar países revolucionarios y socialistas que al mismo tiempo sean dependientes del imperio de Estados Unidos.

En otras palabras, la revolución latinoamericana pasa por la soberanía nacional o, lo que es lo mismo, por la independencia del imperialismo; más aún, pasa por tener una política antiimperialista, entendiendo por imperialismo la fase superior en que viven las naciones y el mundo capitalista. Esta es una verdad que está respaldada por el propio gobierno estadounidense. Cuando un país de América Latina emprende un camino revolucionario, inmediatamente es agredido por el imperialismo estadounidense. Mientras más independiente, soberano, revolucionario o socialista sea o quiera ser, más castigado será y más preparado tendrá que estar para navegar en las aguas tempestuosas de un mercado capitalista mundial, hegemonizado por el imperialismo, a la cabeza del cual se encuentra el gobierno de Estados Unidos.

Cuando hablo de América Latina me refiero a los tres grandes bloques geográficos que conforman esta parte del mundo:

- a) La región mesoamericana-caribeña, donde se encuentran México y Centroamérica.
- b) La región del Caribe, donde se encuentran las llamadas grandes Antillas (Cuba, entre ellas) y las pequeñas Antillas.
- c) América del Sur, que se extiende a lo largo de la cordillera andina, desde Venezuela hasta el sur de Chile y Argentina.

A pesar de lo dicho, las relaciones entre estas tres regiones no siempre han tenido el vínculo alcanzado por otras regiones (la Federación de los Estados del norte de América o la misma Unión Europea, por ejemplo). Hasta finales del siglo XX, las relaciones

internacionales (políticas, comerciales y culturales) entre América Latina y Estados Unidos, han sido tanto o más pronunciadas que las relaciones entre nuestros propios países. Como ha señalado Evo Morales, era más fácil viajar de La Paz a Washington, que de Bolivia al resto de las capitales de Latinoamérica.

A grandes rasgos, lo que ha pasado en América Latina a lo largo del siglo XX e inicios del siglo XXI, bien podría caracterizarse como el primer esfuerzo de una transición del capitalismo al socialismo, batallando a caballo entre la "revolución democrático-burguesa" –aunque dirigida por una organización de izquierda o antiimperialista– y la orientación socialista del movimiento y de sus múltiples luchas.

En el siglo XX y desde el punto de vista de la temática que queremos priorizar en este artículo, hubo acontecimientos trascendentales desde la revolución nacionalista mexicana en 1910, pasando por la revolución socialista cubana en 1959, la revolución nicaragüense en 1979 y la revolución bolivariana de Venezuela en 1999, que nos han acercado mucho más; dicho sea de paso, la revolución venezolana (1999-2016) ha funcionado hasta ahora como la mayor bisagra entre las tres regiones, entre otras cosas porque es el país más colindante con las tres regiones (Mesoamérica, El Caribe y América del Sur), factor que fue bien aprovechado por el Comandante Hugo Chávez para vincularnos a nivel subcontinental. Tanto es así, que a raíz de la revolución venezolana –bien llamada revolución bolivariana y antiimperialista– se comenzó a hablar con más frecuencia de una segunda independencia, entendiendo como la primera la ruptura con el imperio español-europeo en la primera parte del siglo XIX.

Todo esto nos obliga a analizar la evolución histórica de la revolución latinoamericana, dando cuenta de la relación entre revolución e independencia, por un lado, así como la imbricación entre los rasgos de una revolución democrático-burguesa y los rasgos de una revolución socialista, por otro lado, lo que complica el análisis y obliga a combinar el universo global de la región con las particularidades de cada uno de los países que la conforman.

En América Latina hay un largo e inacabado debate sobre los métodos y orientación de la revolución al socialismo. Unos hablan de hacer primero la revolución democrático-burguesa, otros de pasar directamente al socialismo; unos pregonan que toda revolución tiene que ser armada, otros proponen que podemos transitar pacíficamente al socialismo a través de una vía pacífica y a través de procesos electorales; unos hablan de esperar que maduren las condiciones objetivas de una revolución socialista (desarrollo industrial con una clase

obrera mayoritaria y organizada alrededor de un programa socialista), otros plantean que las condiciones objetivas tienen que hacerse desde arriba y dirigidas por una clase política de orientación socialista; finalmente, pero no menos importante, unos proponen priorizar las reformas internas, otros priorizar la independencia del imperialismo estadounidense. Y en todas estas lides, la voluntad política frecuentemente tiene que subordinarse a la correlación de fuerzas en las cuales se encuentra inmerso el proyecto revolucionario.

A raíz del derrocamiento militar de un gobierno socialista que accedió al gobierno (poder ejecutivo) por los votos en Chile (1970-1973), pero sobre todo a partir de la exitosa victoria militar de la revolución cubana (1959) y de la instauración de un modelo socialista clásico en Cuba, asentíamos que no podría haber otro método para transitar al socialismo que la revolución armada, otro itinerario que la ruptura con el imperialismo estadounidense, ni otro guion que pasar directamente al socialismo o al menos a lo que se consideraba como socialismo, es decir, la nacionalización-estatización de toda la economía, desplazamiento total de la burguesía, la planificación, regulación y dirección centralizada del proceso económico por el Partido Comunista; en fin, lo que los clásicos llamarían capitalismo de Estado, como antesala a la revolución comunista.

Puede afirmarse que Cuba ha sido el modelo más exitoso de cuantos conocemos, con la salvedad de sus limitaciones en cuanto a las posibilidades de una acumulación autógena, cosa que logró salvarse por el apoyo incondicional de la revolución soviética y a pesar del embargo o bloqueo por parte del imperialismo. En todo caso, la revolución cubana no logró el obligado proceso de industrialización como elemento sustantivo para su independencia económica.

Desde entonces (1959), la mayoría de los movimientos revolucionarios latinoamericanos se enrumbaron por el camino de la revolución cubana, sin que las guerrillas locales pudieran triunfar militarmente, con la salvedad del caso nicaragüense 20 años después (1979), así como del caso del caso venezolano 20 años después (1999), la que sin un pueblo en armas logró tomarse gran parte de los aparatos político-militares y gestionar el Estado por la senda de las tareas antiimperialistas y socialistas.

La revolución sandinista

A finales del siglo XX, irrumpen dos acontecimientos, uno de carácter mundial, como fue la implosión del campo socialista soviético y otro de carácter latinoamericano, como fue la irrupción de

movimientos políticos de izquierda que lograron ampararse del poder (o mejor dicho de gran parte del poder) a través de la vía pacífica electoral.

Muy cercano uno del otro, aparece una revolución en Nicaragua, un pequeño país de Centroamérica, que a pesar de tomar el poder por la vía armada y definirse como una revolución antiimperialista y de orientación socialista, opta por un modelo de economía mixta, pluralismo político y no alineamiento, lo que provoca una gran esperanza y una gran solidaridad mundial, en parte porque a pesar del triunfo militar sobre la dictadura, el movimiento sandinista intenta subsanar lo que aparecía como una asignatura pendiente de las revoluciones socialistas, como es la posibilidad de combinar la justicia social con la democracia política. La propia revolución sandinista decide cinco años después (1984) someter el gobierno a la vindicta electoral, ganando ampliamente, en parte por la abstención de la derecha.

Un año después que se desploma el bloque soviético (1989), el gobierno sandinista es derrotado electoralmente (1990), lo que llenó de desesperanza el corazón de los revolucionarios latinoamericanos. Sin embargo, aquellos acontecimientos no detienen el proceso de la revolución latinoamericana que ya había abrazado la vía pacífica y democrática.

Para los revolucionarios nicaragüenses la lectura era clara, se podía ganar o perder el gobierno a través de las elecciones, pero eso no debería determinar la marcha global de la revolución. De hecho, el Frente Sandinista pasa a la oposición durante 17 años (1990-2007). Pero estar en la oposición después de un proceso revolucionario no tenía nada que ver con estar en la oposición durante la dictadura militar somocista.

En los años 90 y parte de la primera década del siglo XX, el sandinismo se convirtió en una fuerza política y social respetable y con algunos trozos del poder en el seno de las fuerzas armadas, en las alcaldías y en la opinión pública. Sin embargo, la lección había sido asimilada: no se puede gobernar indefinidamente sin una mayoría política y sin la capacidad para administrar, dentro del mercado nacional e internacional, el crecimiento y la justicia social.

En todo caso y a nivel latinoamericano, volvía a ponerse en agenda la posibilidad de cambios revolucionarios a través de una vía democrática y evolucionaria, tal como la habían pregonado y llevado a cabo los revolucionarios socialdemócratas a finales del siglo XIX y principios del XX en Europa y como lo intentaron otros movimientos latinoamericanos en la primera mitad del

siglo XX. A nivel latinoamericano, Cuba seguía siendo la gran bandera de la revolución y del socialismo, pues a pesar del desplome de la Unión Soviética, su principal protectora, y de las difícilísimas condiciones que pasó la población cubana, desde el punto de vista económico la revolución se mantuvo heroicamente.

A partir de entonces, todo triunfo gubernamental de la izquierda en América Latina y a pesar de que su acceso al gobierno no fuera necesariamente por las armas, siempre que los nuevos gobiernos de izquierda tuvieran un discurso antiimperialista y anti-neoliberal, tales gobiernos fueron considerados como revolucionarios y formando parte del proceso revolucionario de orientación socialista a nivel subcontinental.

La revolución bolivariana

Frente a la polémica entre reforma y revolución, así como frente a las opciones de lucha armada o lucha pacífica para acceder al poder, son muy oportunas las palabras del Comandante Chávez a raíz del golpe de Estado contra su gobierno en 2002, con la complicidad de una parte del ejército. En esa ocasión —y recordando lo que pasó con el golpe de Estado contra el gobierno pacífico y electoralmente electo del socialista Salvador Allende en Chile en 1973—: bien podría emprenderse "una revolución pacífica y democrática, pero no desarmada". En términos amplios, la revolución bolivariana fue considerada como expresión de una transformación o transición post-neoliberal, aunque los estragos del neoliberalismo seguían pesando en las estructuras económicas y sociales de nuestros países.

Los acontecimientos políticos que desencadenaron la victoria de los regímenes progresistas, izquierdistas y socialistas en América Latina, se reinician precisamente en Chile, cuando el gobierno estadounidense y la población chilena presionan a la dictadura pinochetista a someterse a un referéndum electoral en el año de 1990, resultando ganadora la Democracia Cristiana, teniendo el General Pinochet que retirarse del gobierno, aunque no de las fuerzas armadas, proceso que avanzaría en años posteriores; el triunfo de Hugo Chávez en Venezuela a finales de 1998, tomando posesión en 1999 (ganando en coalición con otras agrupaciones y movimientos, todas las elecciones hasta 2015); el triunfo de Lula en Brasil en el año 2002 (reeligiéndose la coalición encabezada por el Partido de los Trabajadores del Brasil durante tres períodos más); el triunfo de la Concertación en Chile con el socialista Ricardo Lagos a la cabeza (reeligiéndose la Concertación un período más); el triunfo de Néstor Kirchner en Argentina en el año 2003 (sustituido por su

esposa Cristina Fernández para dos períodos más); el triunfo de Tabaré Vázquez en Uruguay en 2004 (reeligiéndose la coalición del Frente Amplio, encabezado por el Movimiento Tupamaro en los siguientes períodos electorales); los triunfos de Evo Morales en Bolivia, en 2005, y de Daniel Ortega en Nicaragua en 2006 (reeligiéndose ambos en los períodos subsiguientes); el triunfo del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional en El Salvador en 2009 (reeligiéndose el Frente con el exguerrillero Salvador Sánchez Cerén a la cabeza en una segunda elección). En muchos casos, estamos hablando de presidentes que habían sido antiguos guerrilleros, prisioneros y torturados por las dictaduras militares, sindicalistas, líderes políticos y sociales marxistas, líderes mujeres torturadas o de padres asesinados, obreros, académicos, líderes indígenas.

Con todos estos gobiernos a la cabeza de los procesos políticos latinoamericanos durante los últimos 25 años (1990-2015) y a pesar de golpes de Estado (como los de Venezuela, Honduras y Paraguay), así como de otros intentos de desplazamientos del poder por una oposición beligerante y apoyada por Estados Unidos (como pasó en Ecuador, Bolivia y actualmente en Brasil), la batalla revolucionaria emprendida por América Latina, como un todo, se expresó en el rechazo al Tratado de Libre Comercio de las Américas (ALCA) en 2005, seguido de la presión de todos los gobiernos latinoamericanos, tanto de izquierda como de derecha, contra el aislamiento de Cuba, obligando a la Organización de los Estados Americanos (OEA) a permitir la incorporación de Cuba a esa organización, hegemonizada hasta entonces por el gobierno estadounidense. Otra expresión de la correlación de fuerzas y del nacimiento de un bloque regional, se expresó en ocasión de la condena de los gobiernos latinoamericanos y de todas las instituciones regionales, incluyendo la OEA, al golpe de Estado en Honduras contra el presidente Manuel Zelaya en 2009, un liberal radicalizado y cuyo gobierno formaba parte del ALBA: la reunión fue celebrada en Managua en 2009, es decir en un país que había desmontado políticamente la restauración liberal y conservadora y estando el FSLN nuevamente amparado del poder por los votos de la mayoría de los nicaragüenses.

Además de los hechos señalados, el movimiento transformador latinoamericano empezó a institucionalizarse a nivel regional (MERCOSUR, UNASUR, ALBA, CELAC, entre otros), diversificando los mercados latinoamericanos, incluyendo a China y a Rusia como recios socios comerciales, manteniendo un buen crecimiento económico y aliviando la pobreza social



de las grandes mayorías. No menos importante como rasgo de esta larga fase de la revolución latinoamericana ha sido el enjuiciamiento de los terroristas de Estado, desde Chile hasta Guatemala, de todos los regímenes liberales y conservadores anteriores, aún en países donde no ha mediado una revolución armada ni la izquierda ha ganado las elecciones presidenciales.

Finalmente, podemos decir que la revolución bolivariana avanzó significativamente bajo una orientación socialista con la creación de la Alternativa Bolivariana para las Américas (ALBA), llamada posteriormente Alianza Bolivariana de los Pueblos de Nuestra América, a la que se agregaron las siglas de TCP o Tratado Comercial de los Pueblos; así como con la creación de Petrocaribe –la mayor experiencia de intercambio justo y complementario en el mundo entero– conformada por 20 países, encabezados por Venezuela, Cuba, Nicaragua, Bolivia y Ecuador. Los principios del ALBA pueden resumirse en las palabras de Comandante Hugo Chávez: "el objetivo es la independencia, la vía es la revolución y la bandera es el socialismo".

Un socialismo imaginado, no real

Hasta 2015, todo iba viento en popa: la revolución parecía irreversible y América Latina encabezaba a nivel mundial un futuro promisorio para las fuerzas progresista frente a las crisis políticas, económicas y militares en diferentes regiones del mundo, incluyendo Europa.

Durante todo este tiempo, algunos pensadores latinoamericanos de izquierda llegaron a hablar de un socialismo al que llamaron el socialismo del siglo XXI, basándose más en la voluntad política que en un riguroso análisis de la transición de un sistema de mercado capitalista hacia un sistema socioeconómico socialista. En el fondo, lo que describían era un socialismo imaginado

sin los problemas reales del socialismo del siglo pasado, al que llamaban despectivamente el socialismo realmente existente, sin atisbar muchas veces que a lo que realmente se estaban asistiendo, era a un movimiento antiimperialista y a programas de orientación socialista. Se hablaba más de los pobres que de los trabajadores, se avanzaba más en la democracia representativa que en la democracia directa y asociativa, se gobernaban naciones multiclassistas, pero con una gran hegemonía económica por parte de las grandes corporaciones transnacionales. De lo que apenas se hablaba era de la reforma agraria, vieja bandera de las revoluciones desde la revolución mexicana. Pero no se podía hacer más de lo que se hacía, pues la política seguía siendo la síntesis de la correlación de fuerzas en los diferentes campos de batalla. Pero aquellos gobiernos estaban y están obligados a disputar la hegemonía en el campo de batalla del mercado capitalista, es decir, en un espacio totalmente adverso y hostil al destino de las clases populares.

Los líderes políticos más consecuentes se propusieron modestamente erradicar la pobreza, aglutinar a los países latinoamericanos alrededor de un proyecto bolivariano o latinoamericanista, sabiendo que vivimos en una economía de mercado, bajo la tiranía del capitalismo salvaje, intentando pasar de ser una clase gobernante a ser una clase dirigente, disputándose para ello la opinión pública frente a las fuerzas ideológicas más retrógradas, haciendo de tripas corazones para redistribuir una mermada riqueza económica nacional, aliándose con las fuerzas más progresistas al interior del país, aglutinando a todos los gobiernos del continente de cualquier signo político para enfrentar a los sectores más reaccionarios de la globalización capitalista y de sus políticas e instituciones neoliberales.

En otras palabras, se propusieron como objetivo la independencia política frente a Estados Unidos y la construcción de la soberanía nacional, la institucionalización de la izquierda política como vía y la orientación nacionalista y socialista como bandera o brújula frente a las tempestades del camino. Podemos decir que no es despreciable un período de 25 años de lucha, con más victorias que derrotas, dentro de un proceso de globalización y hegemonía por parte del imperialismo europeo-estadounidense, acompañando agresivamente sus políticas neoliberales y arreciando su intervención militar en diferentes partes del mundo.

Las políticas progresistas

Cuando los líderes políticos de izquierda se refieren a la independencia como objetivo lo hacen pensando en

erradicar el injerencismo político y militar del gobierno de Estados Unidos en los asuntos internos de nuestros países, consigna que ha estado presente desde el día siguiente de la independencia de España, precisamente por boca y brazo del prócer venezolano Simón Bolívar, y que ha sido asumida por los líderes populares de la revolución mexicana, pasando por los líderes izquierdistas de la mayoría de los países mesoamericanos, caribeños y sudamericanos, batallando al mismo tiempo contra las invasiones militares y golpes de Estado de los aparatos políticos y militares del gobierno de Estados Unidos a lo largo de los siglos XIX, XX y XXI.

Desde el punto de vista y accionar del gobierno de Estados Unidos, sabemos que éste empezó su periplo imperialista, gobernándonos a través de las anexiones territoriales o a través de las dictaduras militares, recurriendo a la invasión de sus marines cuando aquéllas no fueron posibles o las mismas fueron derrotadas por los revolucionarios latinoamericanos o por gobiernos progresistas a través de la vía electoral.

Sin embargo, todos sabemos que el imperialismo es algo más que la anexión de un territorio, la instauración y el apoyo a una dictadura militar o una invasión armada. El imperialismo es la hegemonía económica, política e ideológica del capital industrial, comercial, financiero y cultural sobre nuestras sociedades, dentro de una economía globalizada y mercantilizada hasta en los más pequeños rincones de la tierra. Es una situación que solamente podrá revertirse hasta que las revoluciones del mundo entero se tomen los poderes nacionales y se asocien en una federación alrededor de una bandera socialista, como sucedió durante la primera gran batalla del socialismo de Estado contra el mercado capitalista mundial (el campo socialista), batalla que finalmente fue ganada precisamente por el mercado. Eso es lo que intento demostrar en mi último libro (2015), "El metabolismo del mercado (regulación-socialización-desmercantilización)", sin desconocer que perder una batalla no es perder la guerra, la que seguirá mientras exista el mercado capitalista y el imperialismo.

En cuanto a la vía revolucionaria, cuando los líderes latinoamericanos hablan de revolución se refieren tanto a los métodos para tomar el poder como a las políticas sociales y económicas implementadas una vez amparadas del poder o de una buena parte del poder, así como a la política exterior. En cuanto a los métodos, antes decíamos que no se podía hacer la revolución sin antes tumbar militarmente a las dictaduras militares a través de ejércitos guerrilleros y resistir la intervención militar de los

marines estadounidenses. En América Latina, ejemplos triunfantes de este método son las tres revoluciones me-soamericano-caribeñas: la revolución mexicana, la revolución cubana y la revolución nicaragüense. Sin embargo, después supimos que las dictaduras militares se pueden tumbar no solamente por columnas guerrilleras, sino también a través de golpes de Estado perpetrados por militares patrióticos, insurrecciones militares urbanas, insurrecciones políticas, incluso por movilizaciones populares y hasta por procesos electorales donde las fuerzas progresistas, izquierdistas y socialistas ganan mayoritariamente los poderes locales y nacionales (alcaldías, asambleas legislativas o la misma presidencia).

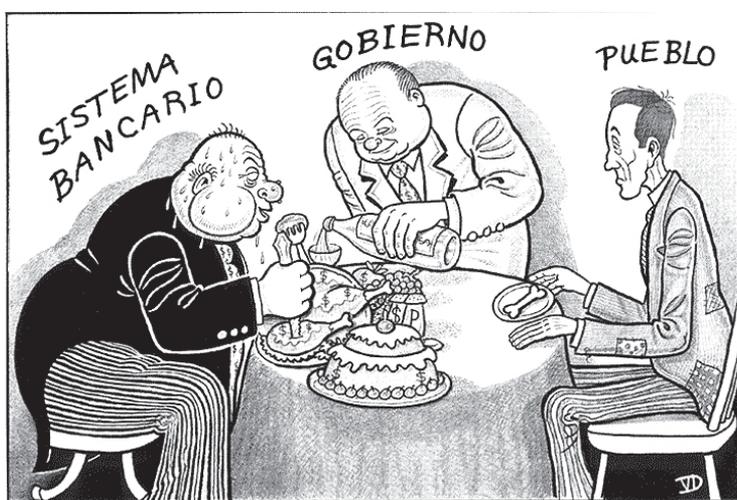
En última instancia, la veracidad revolucionaria se confirmaría, una vez en el gobierno, emprendiendo políticas sociales y económicas en favor de las grandes mayorías, en el entendido que tomar el gobierno no necesariamente significa tomar los aparatos militares, los que influenciados por la derecha local y el gobierno estadounidense saben pasar a la oposición y revertir gobiernos progresistas o revolucionarios en el gobierno, a través de golpes de Estado, como ha pasado y sigue pasando frecuentemente en la historia latinoamericana.

En relación a las políticas sociales y económicas de una revolución, los líderes políticos y sociales la entendían como la redistribución de la riqueza nacional, interviniendo la economía directamente a través de la estatización o indirectamente a través de políticas fiscales. La confiscación llevada a cabo por la revolución cubana a la burguesía nacional y a las propiedades extranjeras se repitió inicial y parcialmente en la revolución sandinista y en la revolución venezolana, no así en el caso de la mayoría de los procesos posteriores en el resto de los procesos latinoamericanos, quienes lo hicieron, cuando lo hicieron, por la vía de la expropiación (indemnizando a las empresas privadas).

El monto del ingreso nacional de estos países se vio fortalecido por el aumento del precio internacional de las materias primas, particularmente del petróleo y del gas, así como por el ingreso del turismo y de las remesas familiares, mucho más que por una rezagada industrialización de sus economías. En otras palabras, el monocultivo, el extractivismo y la economía de renta, siguieron pesando grandemente en las economías latinoamericanas en su conjunto.

Reglas de la democracia burguesa

En relación al socialismo, desde que se inició la revolución industrial y el marxismo se convirtió en la principal brújula para transitar del capitalismo al socialismo,



por socialismo se entiende la sustitución de los intereses de una clase por los intereses de otra clase (sustitución de la burguesía por los trabajadores); la sustitución de una relación social por otra (sustitución de una relación basada en el lucro privado por otra relación basada en la distribución de los frutos del trabajo para toda la población); la sustitución de un intercambio de bienes y servicios por otro (la economía basada en los intercambios mercantiles por otra economía basada en las reglas de la planificación democrática y el comercio justo).

Sin embargo, últimamente y a raíz del parteaguas de la revolución nicaragüense, este discurso también cambió de posición y los líderes políticos revolucionarios decidieron no solamente acceder al poder a través de elecciones, sino someter el poder periódicamente a la contienda electoral, es decir, convivir y medir fuerzas, periódicamente, con las burguesías y el imperialismo, a través de procesos electorales cada cinco años. Esto implica intentar un camino al socialismo, conviviendo con el capital privado, nacional e internacional, disputándose el poder precisamente con la clase económicamente dominante, es decir, por el bloque empresarial, quien en la mayoría de los casos controla el monopolio de los medios de comunicación de masas.

En otras palabras los viejos planes económicos quinquenales del socialismo durante el siglo pasado, fueron sustituidos por planes económicos anuales o por períodos electorales quinquenales, obstaculizados o saboteados por el peso de las corporaciones capitalistas, la presión de las instituciones financieras internacionales y las estrategias y tácticas del viejo zorro imperialista que habita el Pentágono, armado hasta los dientes y decidido a morder hasta el menos radical de sus contrincantes.

Ahora bien, una vez que las fuerzas progresistas, izquierdista y socialistas, aceptan someterse a las reglas del juego de la contienda electoral, se arriesgan no solamente a perder el gobierno, sino a perder todo el poder acumulado durante su gobierno y a que se reviertan los avances en materia social para las mayorías, como en toda restauración. Es decir, la democracia electoral o democracia burguesa puede ser un recurso necesario debido a la correlación de fuerzas, pero seguirá siendo un método que favorece más al sistema, debido a que aunque las fuerzas izquierdistas estén en el poder político-militar siguen estando en desventajosa oposición al sistema capitalista imperante y a las clases económicas internas dominantes, además de ser hostigadas por el resto de fuerzas del sistema en todos los campos, tanto nacional como internacional.

Y lo más duro del caso es que mientras exista el imperialismo y el mercado capitalista mundial, basta con que la derecha gane una sola elección, para que la izquierda pierda todo el avance acumulado durante decenas de años. Recordemos que aún en aquellos países donde el poder había decidido no someterse a elecciones representativas y la burguesía nacional había desaparecido, el mercado mundial y su prolongación en el sistema económico interno a través del comercio internacional, logró desmontar la socialización anterior; tales han sido los casos de la Unión Soviética, Vietnam, China y la misma Cuba, sin importar si han pasado diez, cincuenta o setenta años; o que algunos de estos países hayan llegado a convertirse en la segunda potencia mundial (como lo fue la URSS), con un nivel extraordinario de desarrollo de las condiciones objetivas-industriales.

Es evidente que mucho más vulnerable es el caso cuando las políticas sociales y económicas conviven internamente con las fuerzas del capital o del mercado, las que esperan apoderarse del gobierno para instalar la restauración democrático-burguesa. Es más fácil para una clase económicamente dominante desde el punto de vista del sistema (burguesía nacional e imperial), desestabilizar a una clase políticamente gobernante (la izquierda amparada de las instituciones públicas), que a una clase política gobernante enfrentarse a un sistema económicamente dominante y sustituirla por una clase económica popular todavía empobrecida.

La tempestad política actual

La tempestad es una perturbación política que se manifiesta por el cambio brusco y repentino de la correlación de fuerzas entre flotas enemigas que se

enfrentan en aguas embravecidas, acompañada a menudo de truenos callejeros y el soplo de vientos que provienen tanto del sur y de la izquierda, como del norte y de la derecha.

Vivimos en un mundo donde el neoliberalismo importado del norte aterriza en Chile en 1973, desplegando en el mundo entero la más conservadora de las revoluciones, aunque quizás sería más coherente decir la más conservadora de las contrarrevoluciones. Tanto así que en poco tiempo ha logrado retrotraernos a una época anterior al propio liberalismo, donde el sector público todavía tenía un cierto peso significativo en el Producto Interno Bruto. Hoy en día y a pesar de las nuevas y progresistas políticas económicas, el peso del sector público en América Latina es todavía mucho más bajo que en los países europeos.

En cuanto a la expresión política del imperialismo, desde que el presidente Obama llegó al gobierno de Estados Unidos, el imperio que estaba distraído en sus aventuras en el Medio Oriente, empezó a interesarse más por la situación de América Latina. Y para ello, nada mejor que un presidente negro, originario del Tercer Mundo, migrante y además con un nombre musulmán (Barack Hussein), realizara el viraje.

El abril de 2009, en ocasión de la Cumbre de las Américas celebrada en Trinidad y Tobago, el presidente Obama comenzó su relación con América Latina reuniéndose con los presidentes latinoamericanos. En junio de 2009, todos los países de la OEA, incluyendo Estados Unidos, levantan las sanciones que excluían a este país de participar en dicha organización. En diciembre de 2014, Estados Unidos apoya las pláticas de paz entre el gobierno colombiano y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), iniciadas en 2011 en Cuba. En ese mismo mes, Obama anuncia la voluntad de su gobierno de cambiar su estrategia con respecto a Cuba, liberando a los 3 de los 5 héroes cubanos aún encarcelados en EEUU. En marzo pasado Obama visita Cuba y se reúne con el presidente Raúl Castro.

Es evidente el golpe de imagen que pueden generar las iniciativas del Presidente Obama en las relaciones entre América Latina y Estados Unidos, aunque sean más simbólicas que reales, donde el imperio espera debilitar la más preciosa bandera antiimperialista latinoamericana que ha significado la revolución cubana. Hay que recordar que la revolución cubana es el paradigma más radical logrado en la transición al socialismo y la brújula o el orgullo de la revolución latinoamericana.

En 2015, en Guatemala destituyen y arrestan al Presidente Otto Pérez y a la vicepresidenta Roxana

Baldetti, acusados de corrupción; en marzo de 2015, el presidente Obama emite un decreto que declara a Venezuela "como una amenaza a la seguridad nacional de Estados Unidos", lo que significa prácticamente una declaración de guerra. También solicita al Congreso de Estados Unidos ayuda adicional de 2 mil millones de dólares para fomentar "el respeto a la libertad de prensa y a los derechos humanos, particularmente en Cuba, Nicaragua, Venezuela y Ecuador".

En marzo de 2016, inmediatamente después de su visita a Cuba, el presidente Obama viajó a Argentina a restaurar las políticas neoliberales y a retomar una relación estratégica militar con su homólogo argentino, quien le ha declarado la guerra a todas las reformas económicas y sociales anteriores, tanto en Argentina como en América del Sur.

En un corto período (2015 y 2016) y mientras el gobierno de Estados Unidos despliega su nueva estrategia en América Latina, se ha desencadenado una serie de reveses electorales y de cuestionamientos políticos populares a la izquierda latinoamericana en Venezuela, Argentina, Brasil, Bolivia y Ecuador, donde los avances coyunturales, estructurales y estratégicos amenazan con revertirse. En Venezuela, la coalición opositora contra el régimen chavista, gana y obtiene la mayoría parlamentaria en las elecciones legislativas. En Argentina, la derecha neoliberal gana las elecciones presidenciales. En Brasil, la presidenta Dilma Rousseff y el presidente Lula da Silva enfrentan acusaciones de corrupción. En Bolivia, el presidente Evo Morales pierde un referéndum que le permitiría reelegirse en las próximas elecciones. En Ecuador se mantiene una beligerante resistencia de la oposición en las calles y el presidente Correa decide no presentarse a las elecciones del próximo año (2017); de todas maneras, las últimas enmiendas a la constitución no lo permiten.

En síntesis, el vendaval político que sacude al movimiento bolivariano en el poder, refleja o se expresa como una disminución de la opinión pública, simpatía o legitimidad política y clientela electoral, así como el resquebrajamiento de las coaliciones o alianzas políticas que encabezaban algunas de aquellas organizaciones y líderes políticos que hasta hace poco mantenían una manifiesta hegemonía política en sus propios países y a nivel regional. Algunos líderes políticos progresistas, izquierdistas, revolucionarios o socialistas, mantienen, sin embargo, su popularidad, entre ellos, Evo Morales en Bolivia, Tabaré Vázquez en Uruguay, Daniel Ortega en Nicaragua y Salvador Sánchez Cerén en El Salvador.



El caso de Nicaragua

En este breve balance queremos destacar la posición del Frente Sandinista y del presidente Ortega, quien a pesar de ser la organización y el líder más antiguo, sin contar con los dirigentes cubanos, en el protagonismo político desde hace 35 años, mantiene una manifiesta hegemonía política. No es que considere a Nicaragua como un modelo, sino que la revolución sandinista y particularmente el FSLN y su generación rojinegra, han pasado por todos los momentos que atraviesa actualmente la izquierda latinoamericana: derrota de la tiranía y triunfo revolucionario a través de la lucha armada, guerrillera e insurreccional (como lo hizo Cuba); agresión y guerra civil contrarrevolucionaria apoyada por el gobierno de Estados Unidos (como ha sido el caso para varios países mesoamericano-caribeños); pérdida del gobierno por la vía pacífica (como pasó con los países del bloque soviético), en una Nicaragua prácticamente dividida en dos, a pesar de tener todos los poderes (fuerzas armadas, gestión de la economía, mayoría parlamentaria, influencia sobre los movimientos sociales, control del poder judicial y del poder electoral, propiedad de la mayoría de los medios de comunicación) y conserva el 41% de los votantes; oposición cívico-política en alianza con los movimientos sociales, contra los gobiernos neoliberales; acceso



al gobierno a través de procesos electorales (como ha sido el caso de otros movimientos de izquierda latinoamericana); mantenimiento de la hegemonía política actual (2016) por parte del partido sandinista y del presidente Ortega, frente a una oposición liberoconservadora completamente colapsada; apoyo de la inmensa mayoría de la población a la gestión económica del gobierno sandinista. Esto último contrasta con lo que está pasando y diciéndose en ocasión de la tempestad política de la izquierda latinoamericana.

De acuerdo a este guion, la izquierda latinoamericana, una vez en la oposición y recuperando o fortaleciendo su alianza con los movimientos políticos, estaría en condiciones de oponerse más beligerantemente, no solamente a los regímenes de derecha, sino a las estructuras socioeconómicas del sistema. Un movimiento político-social pareciera estar en mejores condiciones para tomarse las tierras o los lotes urbanos, realizar huelgas y movilizaciones hasta alcanzar los objetivos de una determinada política económica, tener un discurso menos conciliador y mucho más beligerante que el que suele tenerse cuando se está gobernando, apoyar a los movimientos populares en sus reivindicaciones como sujetos económicos, entre otras cosas.

El interés o la motivación política de este artículo tiene como propósito llamar la atención sobre lo que yo considero corresponde a la tercera fase en el recorrido de la revolución latinoamericana y sobre lo cual voy a referirme en el próximo apartado.

Fases de la revolución latinoamericana

Más allá de la retórica, podemos hablar de revolución cuando las organizaciones políticas y sociales de la izquierda están luchando por disputar los aparatos político-militares del poder, el control de la economía,

así como la opinión pública o la hegemonía político-ideológica, siempre que esto sirva para lograr que la mayoría de la población comience progresivamente a tomarse los espacios de la micro y macro economía, al inicio compartiendo subordinadamente los espacios económicos del bloque dominante, pero progresivamente convirtiéndose poco a poco en clase económicamente dominante.

Sin esta agenda o recorrido, el propósito de la lucha no podrá superar los buenos o malos momentos de la coyuntura política. En la medida que los pequeños y medianos productores, organizados en cooperativas, así como los trabajadores organizados en sindicatos cogestionarios o autogestionarios de las empresas donde trabajan, vayan tomándose progresivamente aquellos espacios, los cambios en la superestructura no serán tan catastróficos para el proyecto revolucionario.

Recordemos que para la derecha, ganar o perder una elección, es importante, pero la misma no necesariamente les arrebatara los espacios económicos ganados en la estructura económica. En una economía capitalista dominada por una burguesía nacional e internacional, el cambio de presidente o de régimen político no significa necesariamente la pérdida de su poder económico. Quizás por eso es que la izquierda se aferra tanto al poder político, puesto que sólo sabe gobernar o hacer la revolución desde arriba, aún en condiciones adversas, pero nunca de manera irreversible, desgastándose en tal empeño, pues la clase a la cual apostar, es decir, las masas oprimidas y empobrecidas, apenas dependen de políticas sociales para aliviar su penuria.

En otras palabras, gobernar desde arriba no debe ser más que un recurso para avanzar en crear las condiciones para poder también gobernar desde abajo, en alianza con los gobiernos de turno; sin son de derecha presionándolos, como hace la burguesía cuando está en la oposición, si son de izquierda aprovechando para apoyar el avance del control económico de las nuevas clases o nuevos sujetos económicos.

En el próximo apartado voy a referirme a las distintas fases que desde el siglo pasado ha venido atravesando la revolución, entendida como transición del capitalismo al socialismo, en el discurso, en las tareas, en los logros y en los reveses; partiendo de la hipótesis de que estando en la oposición, bien puede avanzarse en la tercera fase, como lo hicieron los viejos luchadores por la reforma agraria, aun en condiciones de un férrea represión.

Primera fase

La primera fase de la revolución latinoamericana se asienta en la lucha y erradicación de las dictaduras latinoamericanas, a través de los movimientos guerrilleros, las insurrecciones urbanas, las movilizaciones sociales o populares y los procesos electorales por el control de todas y cada una de las instituciones, locales, nacionales e internacionales.

Al igual que Cuba, Nicaragua derrotó a la dictadura militar somocista; también logró –con el apoyo de la izquierda latinoamericana– el ajusticiamiento del dictador, precisamente en Paraguay, donde fue acogido por la dictadura militar de Stroessner. Al igual que Cuba, la revolución sandinista logra la libertad plena para que la izquierda de orientación socialista participe legal y legítimamente en la política nacional.

A diferencia de Cuba, Nicaragua emprende su revolución bajo un régimen de economía mixta, aunque con una gran preponderancia del sector público en la economía (70% del PIB) y con un peso significativo de la propiedad en manos de pequeños productores del campo, la ciudad y el mar. A diferencia de Cuba, y al igual que el resto de países latinoamericanos, la revolución sandinista permite la participación de partidos políticos, obteniendo en su primera elección libre (1984) una mayoría política abrumadora.

El resto de países latinoamericanos participaron en esta primera fase de la revolución, al lograr eliminar a sus respectivas dictaduras militares, sobre todo a través de movilizaciones populares, denuncias internacionales, elecciones locales, parlamentarias y nacionales. Podemos decir –aunque en política nada es irreversible– que América Latina se encuentra, hoy por hoy, libre de dictaduras militares a la vieja usanza, por lo que podemos hablar de una región que ha atravesado la primera fase de la revolución.

Segunda fase

La segunda fase aparece cuando las fuerzas políticas de izquierda comienzan a disputarle a la derecha la mayoría política de la población, alrededor de un programa alternativo al neo-liberalismo, en un contexto de apertura política, comercial, economía mixta y hegemonía del capital transnacional. En términos revolucionarios, la característica principal de esta fase es que por primera vez la izquierda logra posicionarse como clase política gobernante a nivel de toda la región.

Sin embargo, ser clase gobernante no convierte automáticamente a una fuerza política de izquierda en

clase dirigente, mucho menos en clase dominante. Una clase política puede gobernar a través de elecciones, aunque no tenga la mayoría política calificada ni la mayor parte de la influencia sobre los valores de la población. Es por eso que vemos a gobiernos de izquierda en el poder gobernando sobre una población que en la mayoría de los casos sigue regida por los valores mercantiles, el consumismo de la cultura occidental e invadida por una especie de reforma protestante que viene del norte, como la que tuvo Europa a partir del siglo XVI.

Recordemos que a finales del siglo pasado conocimos de una reforma al interior del catolicismo, cuando los movimientos cristianos se aliaron con los movimientos marxistas en su lucha contra las dictaduras militares. Aquél movimiento, denominado Teología de la Liberación, vive ahora bajo la hegemonía del papado romano, coyunturalmente más progresista que el papado anterior, una situación que obedece en gran parte a la pérdida de clientela religiosa que la Iglesia Católica viene padeciendo frente a las iglesias evangélicas. Hoy por hoy, no hay una sola comarca rural o barrio en América Latina donde no haya una iglesia evangélica.

En cuanto a las alianzas ente la izquierda y las diferentes iglesias, el panorama es múltiple dependiendo de los países, aunque podemos afirmar que en la mayoría de los países las conferencias episcopales católicas mantienen una actitud crítica contra los gobiernos de izquierda. Y en la lucha por la hegemonía, los conflictos o las alianzas todavía pesan sobremanera.

Igualmente, el estatus de clase gobernante, incluso de clase dirigente, que ha alcanzado la izquierda, no la convierte en clase dominante, cosa que se logra cuando tiene el control de la economía nacional, es decir, una vez que los medios de producción y de cambio han pasado al Estado y/o las clases populares. Para ser clase dominante se necesita que los medios de producción y de cambio estén en manos del Estado o de los productores asociados. Ahora bien, ser clase dominante, aun económicamente, pero en medio de un mercado capitalista mundial, tampoco garantiza el control ni siquiera de la economía nacional, dada la hegemonía del capital y del imperialismo a nivel del comercio, el monopolio del capital y de la tecnología, el control sobre el flujo financiero, y ya no digamos su aplastante hegemonía cultural, encabezado por el cine, la televisión y demás medios modernos de comunicación.

En esta disputa, en la cual se encuentran la mayoría de los países de América Latina, la reivindicación para

convertirse en clase dominante, urge no solamente de una estratégica alianza con una parte de la burguesía local, los pequeños y medianos productores, sino de alianzas internacionales con similares programas, siendo un buen ejemplo de esto, las instituciones latinoamericanas desarrolladas por los gobiernos de izquierda en los últimos 25 años.

En toda América Latina la izquierda ha ganado importantes batallas contra el neoliberalismo, así como importantes derrotas, ya sea ganando o perdiendo elecciones, ya sea abriendo nuevos mercados en coalición con otros países o sufriendo la ofensiva y contraofensiva no solamente de las políticas neoliberales al interior de sus países, sino sorteando y padeciendo la ofensiva comercial del capitalista mundial, los organismos internacionales o las grandes corporaciones transnacionales, quienes amenazan en convertir a nuestros países en simples pulperías para distribuir sus productos.

Cuba ha permitido la presencia de los grandes capitales internacionales, pero manteniendo la mayoría accionaria en las nuevas empresas, al tiempo que ha permitido la presencia de trabajadores por cuenta propia.

Nicaragua perdió las elecciones en 1990 después de una cruenta guerra de intervención, momento en que la contrarrevolución vestida de neoliberalismo reprivatizó la mayor parte de la riqueza y el control de los medios de producción y de cambio que se encontraban anteriormente en manos del Estado. Asimismo, Nicaragua padece hoy en día la apertura del mercado capitalista que imponen los tratados comerciales, sin poder regresar al pasado a confiscar las empresas, como lo dijera recientemente el presidente Ortega, a propósito de la presencia de las compañías mineras transnacionales. Para poner un ejemplo, ¿qué haríamos al confiscar una fábrica de Zona Franca, sino quedarnos con un gran edificio, sin suministro de materias primas que vienen del exterior capitalista, sin demanda de bienes terminados que se encuentran en los centros imperiales, sin dinero ni para pagar los salarios de trabajadores que pasarían inmediatamente al desempleo? Este ejemplo, que podríamos multiplicarlo para casi todos los grandes negocios en manos de las corporaciones internacionales, no se mencionan sino para explicar lo difícil que es en una economía globalizada tocar al dios del capital, apenas contando con las limosnas nocivas del endeudamiento externo controlado por el capital internacional venga de donde venga.

El resto de países de América Latina, en el momento en que la mayoría de los gobiernos estaban en manos de la izquierda, lograron frenar la ofensiva

latinoamericana de los tratados comerciales; aunque últimamente, la contraofensiva neoliberal arrecia debido a la derrota electoral de grandes espacios institucionales por parte de la izquierda, atentando con revertir parte de los logros alcanzados en favor de las mayorías poblacionales. Recientemente (marzo 2016), el gobierno abrió una discusión con empresarios y productores para ver la conveniencia de entrar al Acuerdo de Asociación Transpacífico, tal es la penuria de encontrar mercados a quien vender sus productos.

Es importante señalar, sin embargo, que ganar una elección con el 52% de los votos no garantiza la hegemonía política, tampoco el perder una elección con el 48% de los votos significa excluir a un contendiente político en la disputa por la hegemonía política, social, económica o ideológica. Es usual leer a algunos analistas latinoamericanos explicar una victoria o una derrota a partir de tales resultados, como si el que gana ganara todo o como si el que pierde lo pierde todo. En todo caso, el error analítico se manifiesta al juzgar una victoria o una derrota electoral por motivos que al adjudicárselos a una parte de los votantes estarían siendo contradichos para la otra parte de los votantes. Fácilmente se dice: ganó la derecha con 52% de los votos por tal medida o por tal comportamiento de un gobierno de izquierda, cosa que explica una parte del veredicto, pero deja sin responder por qué el otro 48% de los votantes votó por la izquierda.

En todo caso, afirmamos que estamos atravesando la segunda fase de la revolución latinoamericana, porque el poder sigue en disputa entre la izquierda y la derecha. Otro sería el panorama, como antaño, si la contradicción o la opción electoral fuesen entre los partidos liberales y los partidos conservadores, o la de una izquierda opositora expuesta al asesinato de sus líderes sociales y políticas, como todavía pasa en algunos países como Honduras. La lucha que se desarrolla actualmente, es entre un discurso neoliberal y un discurso anti-neoliberal. Podríamos ampliar la diferencia de programas entre la derecha y la izquierda alrededor de la política internacional, la destrucción del medio ambiente, el racismo, el sexismo patriarcal y machista, la discriminación contra los pueblos indígenas, comunidades afro-descendientes, migrantes o gente de color como les llaman despectivamente las élites.

En política, nada es irreversible

Como suele decirse, en política no hay nada irreversible y puede que una situación política se revierta totalmente, como fue el caso de los países socialistas

que después de más de cincuenta años regresaron a una fase de mercado capitalista y otras cosas más. O el caso de países democráticos, con una clase obrera mayoritariamente organizada alrededor de valores y comportamientos socialistas, como fue el caso de Alemania y otros países occidentales europeos, donde una gran mayoría de la población cedió a la avalancha de los proyectos nazi-fascistas, como los de Hitler, Mussolini y Franco.

Sin embargo, hay tendencias que después de un cierto tiempo comienzan a institucionalizarse. Podemos, pues suponer, que estamos de acuerdo en que la revolución latinoamericana ya atravesó su primera fase. Efectivamente, en el caso de América Latina, todo parece indicar que les será difícil a las fuerzas oligárquicas e imperialistas, someter de nuevo a América Latina, a las dictaduras militares de antaño. Tampoco es plausible pensar que la izquierda en la oposición y en alianza con los movimientos sociales, podrá ser desterrada como una opción electoral. En todo caso, hay batalla para todos los gustos y momentos, unas se libran mejor desde el gobierno y otras se libran mejor desde la oposición; las mejores son las que se libran en ambos espacios.

Spongamos, pues, que vivimos una segunda fase donde se disputa el poder entre la derecha y la izquierda o entre la orientación capitalista y la orientación socialista, o en algunos puntos de cada uno de los programas. Aceptemos que después de una etapa de victorias socialistas en el siglo pasado, en todo el mundo, así como de victorias de orientación post-neoliberal en América Latina a finales del siglo pasado e inicios del presente siglo, hemos pasado por una etapa de reveses (políticas, sociales, económicas y culturales) tanto en el campo socialista mundial, como en el campo del llamado socialismo bolivariano por parte de la izquierda latinoamericana.

Nuestra primera y segunda fase se parecen mucho a los procesos de una prolongada revolución democrático-burguesa, parecida a la europea, pero con un peso significativo de la izquierda, donde convivían o cohabitaban gobiernos capitalistas conservadores, gobiernos capitalistas liberales, gobiernos capitalistas socialdemócratas, con un gran peso del sector público, una gran influencia de los sindicatos, las cooperativas y los partidos comunistas en algunas instituciones o programas de gobierno y un gran avance en el bienestar social de las masas: los llamados 30 años gloriosos del capitalismo occidental europeo.

En el caso de Nicaragua, la primera fase (la primera etapa de la revolución sandinista) se parecía más a Cuba que al resto de países latinoamericanos. Respecto



a la segunda fase (disputa democrática a través de las elecciones), Nicaragua se parece más a los países latinoamericanos donde la izquierda ganaba y perdía las elecciones en una u otra de las instituciones. El caso de Venezuela se parece más a Nicaragua que a Cuba, pues después de ganar gran parte del poder a través de las elecciones e implementar significativas medidas de carácter socialista, pierde gran parte del poder institucional y de la opinión pública, frente a una derecha neoliberal agresiva y apoyada fuertemente por el gobierno de Estados Unidos. El resto de países latinoamericanos donde la izquierda ha ganado y perdido elecciones, se parece más al momento en que Nicaragua perdió las elecciones y con ella gran parte de la revolución, es decir, durante la época de los noventa; con diferencias específicas en los diferentes escenarios de lucha. En Nicaragua, el peso del sandinismo organizado estaba intacto en toda la vida del país con un sentido revolucionario (instituciones públicas, organizaciones sociales sandinistas, fuerte presencia de la economía popular, beligerante y activa continuidad del liderazgo genuino sandinismo, robustos movimientos sociales, influencia sandinista en el Ejército y la Policía Nacional, un gran piso electoral, audaz política de alianzas del FSLN con las fuerzas gubernamentales contrarrevolucionarias).

Ahora bien, lo que en Nicaragua llamamos la segunda etapa de la revolución sandinista, es decir, la



retoma del gobierno sandinista por los votos (2007-2016), después de haber perdido tres elecciones, se encuentra en un momento bien avanzado en lo que llamamos la segunda fase de la revolución latinoamericana. Igualmente, podemos afirmar que Nicaragua se encuentra batallando conscientemente, no solamente en la segunda fase, sino cuantitativa y cualitativamente en la tercera fase, como lo veremos más adelante.

Políticamente hablando, el Frente Sandinista, además de haber ganado las últimas elecciones para alcaldes, diputados y presidenciales, tiene un piso electoral que ronda el 50%, parecido al de muchos países latinoamericanos.

El Comandante Ortega tiene una intención de voto del 65% de los electores, y el 90% de la población, según diferentes encuestas, apoya la gestión del gobierno sandinista.

En relación a la influencia del FSLN y de Daniel Ortega, en especial en las instituciones del Estado (como el Ejército y la Policía Nacional, y los poderes legislativo, judicial y electoral) es arrolladora.

Sin embargo, lo más relevante del caso nicaragüense es el colapso de la oposición en general, pues las diferentes encuestas no conceden a todos los partidos de la oposición en su conjunto más del 10% de la intención de votos, razón por la cual la mayoría de la población en su conjunto está pidiendo que se tomen las medidas que sean necesarias para que el resultado de las próximas elecciones sea tan legal como legítimo, tanto a nivel nacional, como a nivel internacional.

Tercera fase

Por economía social entiendo tres cosas:

- a) En primer lugar, una economía planificada por el Estado, donde las grandes empresas estratégicas y las políticas económicas estén en manos de un gobierno regido por una democracia de responsabilidad compartida con todas las fuerzas de la sociedad, incluyendo el sector privado, los sindicatos obreros, las cooperativas de los pequeños y medianos productores, así como de los movimientos sociales y asociaciones de toda clase.
- b) En segundo lugar, una economía donde el resto de las empresas de la economía, con excepción de algunas empresas públicas o estratégicas, estén mayoritariamente en manos de los productores

libremente asociados, incluyendo empresas mixtas (público-privadas) o entre empresarios privados y asociaciones de productores y de servicios.

- c) En tercer lugar, una sociedad donde la cultura política y el sentido común reconozcan la necesidad y la posibilidad de que todas las instituciones sociales pueden y deben ser gestionadas o cogestionadas por los trabajadores, productores directos y pobladores en general (profesionales, técnicos, empleados, trabajadores manuales, estudiantes, médicos y enfermeras, actividades de comunicación y entretenimiento en general, etc.).

En este tercer punto, menciono que existen en América Latina un sinnúmero de experiencias donde la sociedad civil –hegemonizada anteriormente por los ONG– empieza a ser protagonizada a través de asociaciones de trabajadores y de pobladores autónomos tanto del gobierno como de las iglesias y de los ONG. Es decir, se trata de construir una sociedad de trabajadores libremente asociados, en función de la libertad, la igualdad y la solidaridad, libre de los vicios de corrupción, depredación ambiental, consumismo, delincuencia, drogadicción, represión y manipulación sexual, mercantilización de la mujer y cualquier otro juicio o prejuicio de acuerdo a los criterios dominantes. Esta fase puede alcanzarse en muchos años y hasta siglos, pero debería inscribirse en los programas de lucha, en las cuentas nacionales y en los planes de los gobiernos de izquierda.

Ahora bien, si de revolución socialista se trata, la tercera fase se caracteriza –haciendo un parangón con los inicios de revolución burguesa europea y mundial– cuando una nueva clase empieza a tomarse la economía. Ya vimos que los procesos socialistas donde los gobiernos que controlaban todo el poder económico en nombre de la clase obrera y del campesinado, eran gestionados por una clase política (burocracia estatal), por lo que los clásicos del marxismo no los caracterizaban como sistemas socialistas, sino como una especie de capitalismo de Estado (Marx-Engels, Lenin, Mao-Tse-Tung), aunque en la medida que avanzaran por esa senda, se convertirían en una verdadera antesala del socialismo.

Podemos decir que varios países se encuentran transitando hacia esta tercera fase, con algunos cruces que es necesario delimitar. Podemos mencionar el caso de Cuba, porque ahí, el Estado, dirigido por un partido comunista, tiene en sus manos la mayor parte de las empresas públicas y estratégica, porque los valores socialistas de la igualdad de oportunidades están bien

arraigados en la población cubana, y porque existe cerca de un millón de trabajadores cuentapropistas destinados por la naturaleza del mercado y del régimen socialista cubano a convertirse en productores libremente asociados (campesinos, pescadores, pequeños comerciantes, manufactureros, amén de un sinnúmero de oficios), los que organizados en cooperativas y accediendo a la economía de escala, constituirían, junto con las empresas locales y nacionales, la base de la plataforma económico industrial y de servicios.

En ese momento y en esas condiciones, tendríamos un gran consejo nacional conformado por los representantes de todos los colectivos de trabajadores y pobladores del país, tal como se hace actualmente en Cuba, dirigiendo lo que quedaría del Estado. Este gran consejo que viene escalando democráticamente desde la base de la pirámide, junto con el resto de consejos locales conformaría la clase dirigente, la que a su vez representaría el gran colectivo nacional conformado por la *Unión de Trabajadores y Pobladores Libremente Asociados*, equivalente a lo que con el viejo lenguaje llamaríamos la nueva clase económicamente dominante, digo equivalente, porque en realidad, desde el punto de vista político, ideológico y económico, ya el país no estaría dividido ni jerarquizado en clases, pues por ese camino dejaría de existir no solamente la división económica entre clases, sino también la división entre el campo y la ciudad, así como la división entre el trabajo manual y el trabajo intelectual.

El régimen capitalista sería sustituido por un régimen socialista, apenas perturbado por las relaciones comerciales internacionales de carácter mercantil y capitalista. Finalmente, la división del trabajo, base de todo régimen mercantil y capitalista, empezaría extinguiéndose en la medida que el país vaya accediendo a esa tecnología moderna que día a día muestra la capacidad adquirida por la humanidad para irse desprendiendo del trabajo-fatiga e incorporarse al trabajo de dirección de las máquinas productoras, los ordenadores de la planificación y del transporte robotizado para la distribución.

Así también podemos hablar de Venezuela, con la salvedad de que allá el poder está sometido periódicamente a elecciones para todas las instituciones públicas. Además, gran parte de la economía está en manos de los empresarios, con excepción de productos de renta variable como son el petróleo y los minerales, en manos del sector público.

En cuanto al control estatal sobre los medios de producción y de cambio, así como del control directo

sobre la economía, no hay duda que Cuba y Venezuela están más adelantados que Nicaragua. Sin embargo, a diferencia de Nicaragua, Cuba y Venezuela tienen el problema de la distorsión que las políticas económicas y la guerra económica del imperio imprimen al mercado, a la productividad y a la desestabilización general de la economía. Esto ocurre en gran parte porque la economía socializada descansa más en manos del Estado (más que en los pequeños y medianos productores), concentrando su atención en la lucha contra sus adversarios empresariales (Venezuela) o en las trabas impuestas a la economía por el imperio estadounidense (Cuba). Es así que la mayor diferencia entre Cuba y Venezuela frente al caso nicaragüense, es que aquí la economía popular tiene un peso muy importante. Y es esta economía popular la que se encarga, más que el Estado, para arreglárselas en el mercado para competir con los empresarios y resolver el problema de la sobrevivencia.

La economía popular en Nicaragua

Y es gracias a ese rasgo el que nos permite colocar a Nicaragua, en un buen lugar en cuanto a situarlo en uno de los peldaños más importantes, a nuestro modo de ver, perteneciente a lo que llamamos la tercera fase de la revolución, como es el peso de lo que llamamos la economía popular y social en la economía nacional. Como señalamos anteriormente, parte del poder es la hegemonía política frente a la oposición política ideológica, el control de las instituciones públicas por parte del partido revolucionario y la capacidad para gestionar el proyecto en una economía de mercado; no porque el mercado sea sinónimo de socialismo, sino porque es la intervención del sector público en la economía de mercado quien genera los mayores riesgos para debilitar la capacidad para gestionar la economía en su conjunto, no solamente frente al bloque político-económico empresarial, nacional e internacional, sino frente a una población que resiente sentirse amarrada para luchar por su sobrevivencia dentro de la batalla del mercado.

En Nicaragua, la mayor parte del empleo es generado por la economía popular. El 85% de la economía alimentaria está en manos de campesinos, pescadores, artesanos, cooperativas y asociaciones en general (maíz, frijol, arroz de secano, frutas, verduras y tubérculos, leche, ganado de crianza). En cuanto al transporte, estas cooperativas controlan la mayor parte del transporte público urbano e interurbano (taxis, moto-taxis, buses, camionetas). Además de

estos productores –trabajadores, están los migrantes residentes en el extranjero, que son quienes más divisas netas aportan al país (remesas familiares).

Por otro lado, estos pequeños y medianos productores controlan una parte importante de la producción, procesamiento y exportación de productos como el café, el ajonjolí, el queso, entre otros. No menos importante es el control del comercio y del crédito al detalle, donde los mercados populares aparecen como los mayores distribuidores de productos importados de la mayoría de los artículos. En cuanto al Producto Interno Bruto, aunque la economía empresarial controla el 54% del PIB, medido de acuerdo a la producción (volumen por precios), la economía popular controla alrededor del 60% del Producto Interno Bruto Disponible (medido de acuerdo a los ingresos disponibles). De tal manera que si el socialismo se define como el control de la economía por los productores asociados, Nicaragua cuenta con una base fuerte para emprender el largo camino.

Por supuesto que todos estos productores trabajadores, asociados en gran parte en cooperativas, tienen un nivel de vida apenas por encima de la pobreza, cosa que no es de extrañarnos dado la preponderancia de una economía de mercado capitalista y siendo la economía nicaragüense una de las economías más pobres de Latinoamérica. Aquí, lo que nos interesa resaltar no solamente es la situación actual y la composición de la estructura económica de clases, sino la trayectoria del proyecto.

Recordemos que en su nacimiento, la burguesía pasó sus tres primeros siglos (siglos XVI, XVII y XVIII), disputando el control de la economía y de la política económica, al antiguo régimen feudal en manos de la corona, de la nobleza aristocrática y del clero. No es hasta el período de la Ilustración y la revolución francesa que la burguesía nacional logra la hegemonía cultural y el control de la economía y del Estado. Y en todo ese tiempo, la burguesía en su conjunto, es decir, los futuros ciudadanos viviendo en los burgos, tanto los que vivían de los oficios manufactureros, como los comerciantes, eran junto con los campesinos el estrato más empobrecido del antiguo régimen social, aun en vísperas de la gran revolución burguesa del siglo XVIII.

En cuanto al resto de países latinoamericanos, donde la izquierda hasta hace poco tenía la mayoría de los gobiernos, la situación es más parecida a la que tuvo el FSLN cuando perdió las elecciones (1990), cuando el Comandante Ortega se dirigió a la militancia y al pueblo sandinista diciéndoles: "vamos a gobernar desde abajo". Gobernar desde abajo significa que la organización

política estreche los lazos con los movimientos sociales, no solamente para ganar elecciones, sino para facilitar que la gente se tome la economía (tierra, crédito, transporte, agricultura, ganadería, artesanía, manufactura y agroindustria, organizarse en cooperativas); pero sobre todo el compromiso de que cuando se ganen las elecciones se gobernará conjuntamente con todas las fuerzas sociales y económicas, incluyendo a los movimientos sociales, gremios, sindicatos y cooperativas; construyendo un modelo de responsabilidad compartida de acuerdo a lo que cada uno tenga que aportar a la economía y a la sociedad.

Pasar ahora a la tercera fase

No me cabe duda que las fuerzas políticas de la izquierda latinoamericana, sin importar que hayan perdido las elecciones de la presidencia, el parlamento o algunas alcaldías, tienen la fuerza social suficiente para foguearse junto con los movimientos sociales y entrenarse a gobernar tanto desde arriba como desde abajo. Visto desde este ángulo, pasar a la oposición no solamente frente al gobierno, sino también frente al sistema, estando o no en el gobierno, puede significar pasar a construir la tercera fase, no importando la situación en que se encuentren en lo que respecta a la segunda fase.

No olvidemos que mientras exista una economía de mercado capitalista nacional y mundial, el papel y la tarea de una clase política de izquierda estando en el gobierno, aunque sea una clase política disputando la opinión pública, los poderes institucionales y la regulación del mercado, será en gran parte administrar una economía capitalista, gobernar no solo para el pueblo, sino también para los capitalistas y para el orden económico mundial. En otras palabras, puede ser una clase gobernante o clase en el gobierno, pero en oposición al sistema nacional subordinado al sistema capitalista mundial, pagando muchas veces hasta los propios problemas de la burguesía nacional.

Pensar de otra manera es correr el riesgo de enajenarse el apoyo popular haciendo de la necesidad una virtud, desgastándose y quedando mal con moros y cristianos, creyendo que administrar el capitalismo genera como por arte de magia el mejoramiento de la correlación de fuerzas en toda la sociedad, tal como lo estamos viendo en la actual crisis del Partido de los Trabajadores de Brasil (en el gobierno), cada vez con menor simpatía política y cada vez más subordinado al capital nacional e internacional. A pesar de todo, creo que es mejor tener el poder que padecerlo, pero sin perder de vista o creer que estando en el poder todos

los problemas están resueltos, sobre todo si tal gobierno no descansa en una robusta economía popular.

Por otro lado, no debemos olvidar que no hay hegemonía sin alianzas. En este sentido, la historia del Frente Sandinista en la disputa por el poder hasta llegar donde está, es una historia de alianzas:

- Con la oligarquía conservadora y los movimientos cristianos para tumbar al gobierno liberal y dictatorial de Anastasio Somoza, en 1979;
- Con los pueblos indígenas y comunidades étnicas del Caribe para instaurar gobiernos autonómicos, contribuyendo así a debilitar la guerra contrarrevolucionaria convertida en una guerra civil;
- Acuerdo de Esquipulas con los gobiernos centroamericanos de derecha, a fin de resolver los conflictos militares por la vía pacífica, doblándole el brazo al presidente guerrillero Ronald Reagan en los años 80;
- Con los liberales para desplazar a la oligarquía conservadora en la década de los años 90.
- Con la burguesía nacional y con la parte más progresista de la iglesia católica y evangélica para gobernar en medio de una ofensiva neoliberal y una gran hostilidad por parte del gobierno estadounidense en la primera década del siglo XXI.
- Con los gobiernos latinoamericanos de izquierda para enfrentar los estragos del comercio internacional;
- Con países como Rusia y China para diversificar mercados y resistir las pretensiones imperialistas de Estados Unidos.

Claro que toda política de alianzas tiene sus costos, pero es mejor una política de alianzas para fortalecer la hegemonía en otros frentes, que estar subordinados a un bloque de poder, donde la izquierda quede aislada, poniendo en peligro la correlación de fuerzas alcanzada hasta entonces, los objetivos a mediano y largo plazo, y, en el peor de los casos, hasta los propios principios.

Dada la crisis que atraviesa el capitalismo financiero, especulador, depredador y consumista, el desempleo en América Latina irá en aumento, teniendo los trabajadores que emigrar o convertirse en trabajadores por cuenta propia.

Por otro lado, la ofensiva de las corporaciones transnacionales y sus ventajosos tratados comerciales

ECONOMÍA DEL BIEN COMÚN

Un modelo de economía con futuro



no auguran mucho éxito a las burguesías nacionales, ni a los medianos ni a los pequeños productores, pero éstos últimos tendrán que seguir produciendo para comer y tendrán que seguir compitiendo en el mercado, buscando cómo acceder a una economía de escala a su favor, al mercado interno y tarde o temprano a industrializar sus productos, etc., para lo cual tendrán que cooperativizarse y asociarse, hasta alcanzar un peso económico cada vez mayor, reclamando políticas públicas que los beneficie y los potencie como clase económicamente dominante en cuanto al control de los medios de producción, avanzando poco a poco para recuperar el valor agregado que hoy el mercado interno y externo les drena diariamente por encontrarse en el eslabón primario de la cadena de valor.

En otras palabras, todo parece indicar que desde Costa Rica hasta Uruguay, una naciente economía popular de productores y comerciantes tendrá que escalar alianzas con los pobladores urbanos y con los trabajadores asalariados en general, para intercambiar productos a precios más equivalentes que los que obtienen en las redes del mercado abierto. Es decir, una economía popular que luche no solamente por apropiarse de los medios de producción y de cambio, sino también de la distribución y del consumo, aprendiendo a gestionar la economía. En el capitalismo y en el socialismo estatista, la economía popular difícilmente puede aportar sus ingentes esfuerzos y potencial productivo, consuntivo y asociativo al gran proyecto.

Tal es y será la situación del desempleo en el futuro del capitalismo, que la población no tendrá otra opción que ocuparse directamente de la economía, aun en condiciones de pobreza, así pasen años o siglos en consolidarse como economía popular generalizada y autogobernada, la que no tendrá a nadie a quien explotar ni discriminar.